

ZEROLO DURÁN, Armando: *Génesis del Estado Minotauro. El pensamiento político de Bertrand de Jouvenel*, Madrid, Sequitur, 2013, 245 pp.

Bertrand de Jouvenel no es un autor demasiado leído ni citado en España. Pertenece a una estirpe de pensadores liberales y católicos que ha ido menguando, y que sólo parece resistir débilmente en Francia (con figuras como Pierre Manent y su malogrado discípulo Émile Perreau-Saussine). El maridaje del liberalismo con otras formas políticas —como por ejemplo el utilitarismo o alguna versión desleída del socialismo— ha tenido, sin embargo, mayor fortuna.

Tal vez por esta razón, Jouvenel es actualmente un autor poco conocido en nuestros pagos, muy dados en los últimos tiempos al cultivo de lo mayoritario y de lo bienpensante. Tampoco lo es en Francia, donde se le considera un pensador raro y de segunda fila, aunque sí en los Estados Unidos. Sin duda, Jouvenel fue traducido ya en vida al español y el interés por su obra ha sido siempre constante, aunque marginal. Por fortuna, no todos siguen las modas y hay algunos profesores que se inclinan por introducir en el debate hispano algunos autores «extravagantes».

Faltaba, tal vez, una monografía en español que ayudara a comprender mejor su pensamiento. Para colmar esta necesidad, se ha publicado este libro del Dr. Armando Zerolo Durán (profesor de Filosofía del Derecho en el CEU de Madrid), fruto de su tesis doctoral dirigida por el Prof. Dalmacio Negro Pavón, autor asimismo del prólogo al libro. Del complejo pensamiento de Jouvenel, el autor de este estudio trata exclusivamente de la génesis del «Estado minotauro», una de las ideas clave del escritor francés.

Fue Jouvenel un intelectual extraño en su época. Su formación académica resultó poco sistemática y no es de extrañar un cierto desdén por parte de las élites universitarias ante una persona que, fuera del día al día de las aulas, presencié como periodista algunos de los principales acontecimientos de la primera mitad del siglo xx. Su acceso a la universidad fue tardío y la estructura de su pensamiento puede considerarse más intuitiva que sólida. El camino de Jouvenel fue el del periodista que quiso entender el por qué de la política y, para hallar la respuesta, se puso a bucear en los libros.

La carencia de un *habitus* universitario permitió que pusiera la experiencia política como base de su reflexión. Su itinerario fue el tránsito desde la presentación de los hechos políticos hasta su comprensión más profunda. Empezó siendo un relator de la praxis y acabó siendo un «filósofo» que quiso preguntarse por la esencia de la política (el Estado, la soberanía y, en definitiva, el manejo del poder). Decía Diderot que a la filosofía se llegaba por tres vías: por la ciencia, por la política o por la religión. Jouvenel arribó al puerto de la filosofía tras una travesía por las aguas de la política; unas aguas a menudo agitadas y turbulentas, que empaparon al joven periodista.

Junto con la política, en sus trabajos como «pensador», se encuentra también una gran influencia de la religión. Sería muy fácil despachar la obra de este ilustre parisino si siguiésemos los hilos de quienes quieren desautorizar implícitamente su mensaje, en el que se dan la mano la política y la religión: sus entrevistas a dictadores, su convulsa experiencia política, el paralelismo con Tocqueville, su acendrada religiosidad desde una época madura, su vindicación de la Edad Media... le sitúan, ciertamente, en una situación incómoda para un determinado público. Y es que Jouvenel, aunque comparte buena

parte del ideario liberal-conservador, es un autor inclasificable, sorprendente. Repasando tanto sus escritos como esta monografía de Armando Zerolo, el lector puede pensar a menudo en Arendt, Voeglin, Strauss, MacIntyre, Taylor... y valorar los matices de su pensamiento, menos unilateral de lo que parece a primera vista.

En *Génesis del Estado Minotauro* se traza una historia de las formas políticas desde la Edad Media hasta la actualidad. En realidad, Jouvenel hizo el camino inverso. Empezó a plantearse los problemas del Estado al contraponer el liberalismo con algunas formas de socialismo (nazi y comunista) y también con el modelo proteccionista del bienestar posterior a la Segunda Guerra Mundial. Para buscar los orígenes de la hipertrofia del Estado en nuestros días, el pensador francés acudió a la historia política de Europa y constató que lo que él denominó el «Estado minotauro» era el último eslabón de una forma política que estaba a punto de disolverse. Podría decirse, resumiendo mucho, que Jouvenel narra la historia del nacimiento y desarrollo del Estado moderno que fue concebido para dar seguridad a los ciudadanos y, cual monstruo, acabó necesitando de tantos recursos para su propia supervivencia, que terminó devorando a los que tenía que proteger.

Para buscar la génesis de sus ideas, Jouvenel tuvo que llegar hasta la Edad Media, momento en el que existía un cierto equilibrio de fidelidades y las atribuciones propias del Estado moderno resultaban imposibles, entre otros motivos, por el dualismo entre el poder civil y el poder religioso. El poder civil imitó al Papa en el fortalecimiento de su autoridad frente a los obispos, de suerte que los reyes a la sazón intentaron robustecer su postura frente a los nobles. Durante la Baja Edad Media, el rey tenía una posición de *primus inter pares* y su función recaudatoria no era permanente, sino que tenía que reunir a las Cortes en asamblea para pedir dinero a cambio de contraprestaciones. En cambio, el Parlamento, según Jouvenel, «tiene el carácter de un soberano que cobra impuestos a su gusto» (p. 98).

Lo cierto es que el tránsito a la Modernidad se realizó a través del incremento de atribuciones del monarca y por la concentración de la autoridad. Las guerras bajomedievales eran breves y limitadas porque los poderes también lo eran (p. 104): no se podían reclutar grandes ejércitos, pues un señor feudal no los podía costear. En cambio, cuando los monarcas –a través de las conquistas– lograron incrementar su poder, devinieron una seria amenaza no sólo para la nobleza, sino también para los otros Estados. Jouvenel pone el caso de España, que (gracias a la Conquista de América y a su vinculación con el Sacro Imperio) resultó una potencia hegemónica en el siglo XVI y ello obligó a que el pueblo inglés y el francés tuvieran que sufrir un desmesurado aumento del poder de sus monarquías para hacer frente a la supremacía hispánica (p. 106).

Los nobles en aquel momento pasaron a servir al rey en la Corte. Al abandonar el feudalismo (y, sin embargo, al exigir sus beneficios) se granjearon el odio del pueblo. El rey debía de mantener un ejército permanente que avasallaba a todo el que se oponía a las directrices del soberano. Empezaba la época en la que el derecho era una creación, no algo meramente dado por la tradición (p. 117).

Con Hobbes –dice Armando Zerolo, glosando las ideas de Jouvenel– se acerca el momento de mayor perfección de la soberanía moderna, en la que la estructura social se reducía a dos polos (el individuo y el Estado) y empezaba a destruir las relaciones intermedias que habían existido hasta entonces (p. 119). Daba comienzo aquí una época caracterizada también por el olvido

de Dios y por la sustitución de Éste por el Estado. Con todo, la transición a la Modernidad era un itinerario que, ciertamente, cristalizaba con autores como Hobbes, pero que sólo se manifestaba definitivamente con la Revolución francesa y con las ideas morales de Rousseau. El ginebrino «eliminó la distinción artificial hobbesiana de Estado y Sociedad y los fundió en el Estado Moral» (p. 127).

Con la Revolución Francesa se produjo la atomización social y de todos los vínculos entre los hombres, que no fueron tenidos en cuenta más que por su servicio al Estado (p. 142). La burguesía fue la gran beneficiaria de este Estado moderno, cada vez más voraz. Jouvenel habla de *pactum subjectionis* para referirse al momento en el que el ciudadano devuelve al Estado sus derechos individuales, para recibir los derechos sociales (p. 160). El Estado minotauro, según Zerolo, «surgió so pretexto de completar los grades avances en materia de Derechos Humanos proclamados en el siglo XVIII. Pero en realidad, lo que hizo al proclamar una nueva generación de derechos, fue contradecir y derogar los anteriores» (p. 162).

El Estado minotauro fue convirtiéndose en una bestia que devoraba a sus súbditos bajo el pretexto de la seguridad y del bienestar. Los pactos políticos anteriores a la Primera Guerra Mundial, establecidos entre miembros de Estados que eran –entre sí– familiares en diferentes grados, no querían humillar a los otros, sino establecer medidas para una paz duradera que permitiese que, con el tiempo, los vencidos pudiesen prosperar (p. 185). A partir del Tratado de Versalles, los Estados vencedores impusieron a los perdedores unas condiciones tan duras que, a la postre, coadyuvaron al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Con la configuración del Estado totalitario se dibujó un escenario de aumento exponencial de las competencias del gran Leviatán, transformado en un monstruo horrendo capaz de devorar a sus componentes. El Estado totalitario tenía una línea de mando claro y un poder muy bien definido y jerárquico. Después de la Segunda Guerra Mundial surgió definitivamente el Estado minotauro, que gestiona la vida de los ciudadanos desde la cuna hasta la tumba, protegiéndolos de toda desviación. Se trata de un gobierno burocrático sin cabeza visible (p. 211), en el que la omnipotencia del Estado avanza desmesuradamente a partir de la tecnología y de las nuevas formas de dominación que pueden establecerse a partir de ella.

El Estado minotauro gestiona la seguridad de las personas que viven en él, a costa de que éstas pierdan todas las libertades individuales. Para garantizar la seguridad, el Estado devora todas las libertades y ata con las cadenas de la opresión las vidas de las personas: la sociedad está cada vez más atomizada y la dicotomía Estado/Individuo se desarrolla plenamente. Todas las fidelidades intermedias, todas las asociaciones y las costumbres dejan de tener peso, frente a la voracidad del Estado.

Jouvenel vaticinó implícitamente la desaparición del Estado, porque acabaría desintegrando a las personas y convirtiéndose en un ente ingobernable y nihilista. No sería ya el Estado tal y como lo conocemos, sino una forma extraña a toda la tradición política anterior. Es difícil de interpretar este último mensaje del pensador francés, sobre todo, al mediar varias décadas desde su plasmación hasta nuestros días.

Realmente, el Estado no ha dejado de ampliar sus zonas de control y de dominio, aunque ahora la empresa ha acabado coartando notablemente su papel. Estamos, tal vez, más cerca del «Soberano supraestatal difuso» defendido por Juan-Ramón Capella, aunque los dos diagnósticos no son tan leja-

nos como pueda parecer *a priori*. Lo cierto es que un Estado cada vez más hipertrofiado, voraz en su autoabastecimiento, y cicatero en sus contraprestaciones, comparte con las multinacionales el poder en una lucha en la que los ciudadanos son los más perjudicados. Desde antes de muerte de Jouvenel, los derechos garantizados por el Estado empezaron a menguar, aunque no lo hizo el dominio sutil de éste sobre las conciencias y ni el menos sutil sobre los bolsillos de los contribuyentes.

Jouvenel contribuye a elaborar un panorama crítico y sombrío del Estado contemporáneo. Cabe imaginar que si viviera en nuestros días, pintaría el escenario todavía con más nubarrones. Por su radicalidad, el intelectual francés puede recoger la simpatía de no pocos pensadores liberales, pero también de algún que otro disidente de la izquierda. Por el hecho de explicar su pensamiento con una claridad y una vehemencia infrecuente en los académicos, Jouvenel tiene un inconfundible encanto, aunque también es cierto que los partidarios del socialismo (e incluso del comunitarismo) encontrarán en él –y con razón– argumentos muy capciosos, demasiado *ad hoc*.

Cabe terminar recordando que el libro es una parte de la tesis doctoral de Armando Zerolo. Como toda tesis de autor, acaba siendo más taxonómica e informativa que dialéctica: el autor no rebate nunca a Jouvenel, sino que respalda su pensamiento confrontándolo con algunos autores afines (Ullmann, Elias...) y con el de su maestro, Dalmacio Negro. Es cierto que el profesor Zerolo hace un encomiable esfuerzo de contextualización y de síntesis de muchos siglos de historia y que, a menudo, esa labor exige –por sí misma– una selección y una serie de renunciaciones, como por ejemplo, al debate. Sin duda, ya habrá ocasión.

Hay que alabar los méritos de la obra, que ayudará a entrar en la mentalidad de Jouvenel a los reticentes desconocedores de sus escritos, al tiempo que podrá contribuir a perfilar la posición del filósofo francés quienes hayan leído *El Poder*, o cualquiera de sus obras. Es, en fin, un libro de lectura grata y muy bien articulado, que –sin duda– hará pensar al que recorra sus páginas.

Rafael RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears